

casa de huéspeda vieja, sucia, rijosa y desgraciada y mezquina; mañana se os ofrece mejorada suerte, y caéis con huéspeda moza, limpia y regocijada, graciosa, liberal, de buen parecer y mucha piedad; con que olvidais hoy el mal hospedaje de ayer. Mas en la mar no hay esperar que el camino, ni la posada, ni el huésped se mejore; antes cada día es todo peor, y más enfadoso con el aumento de trabajos de la navegación y falta de matalotaje que va decreciendo, y siempre más enfadando.

Yendo pues así solos llegó el primer sábado, en que á la hora de la oracion se hizo una solemne fiesta en nuestra ciudad de una salve y letanía cantada á muchas voces; y ántes que se comenzase el oficio, estando puesto un altar con imágenes y velas encendidas, el maestre en voz alta dijo: «¿Somos aquí todos?» y respondió la gente marina: «Dios sea con nosotros.» Replica el maestre: «Salve digamos, que buen viaje hagamos; salve dirémos, que buen viaje harémos.» Luégo se comienza la salve, y todos somos cantores, todos hacemos de garganta. No fuimos en nuestro canto por terceras, quintas ni octavas, sino cantando á un tiempo todos ocho tonos y más otros medios tonos y cuartas. Porque como los marineros son amigos de divisiones, y dividieron los cuatro vientos en treinta y dos, así los ocho tonos de la música los tienen repartidos en otros treinta y dos tonos diversos, perversos, resonantes y muy disonantes; de manera que hacíamos este día en el canto de la salve y letanía una tormenta de huracanes de música, que si Dios y su gloriosa Madre, y los Santos á quien rogamos, miráran á nuestros tonos y voces, y no á nuestros corazones y espíritus, no nos conviniera pedir misericordia con tanto desconcierto de alaridos. Acabada la salve y letanía dijo el maestre, que es allí el preste: «Digamos todos un credo á honra y honor de los bienaventurados apóstoles, que rueguen á nuestro Señor Jesucristo nos dé buen viaje.» Luégo dicen el credo todos los que le creen. Luégo dice un paje que es allí monacillo: «Digamos una Ave María por el navío y compañía»; responden otros pajes: «Sea bien venida», y luégo rezamos todos el Ave María. Despues dicen los muchachos levantándose: «Amén; y Dios nos dé buenas noches», etc. Y con esto se acaba la celebracion de este día, que es la ordinaria de cada sábado.

Otro día domingo por la mañana descubrimos y conocimos nuestra almiranta, la cual asimismo conoció nuestra nao que era su capitana; y con mucho contento nos juntamos y venimos más de quince días en compañía; al cabo de los cuales, una mañana subió el marinero á la gabia á descubrir la mar y dijo: «una vela», con que nos alteró mucho, porque aunque sea un barquillo, por la mar le temen los que no van de armada, sospechando que son corsarios. Luégo dijo el marinero: «dos velas»; con que dobló nuestro miedo. Luégo dijo: «tres velas»; con que hizo soltar más de tres tiros de olor, teniendo por cierto que eran de ladrones. Yo, que llevaba allí todo mi resto de mujer é hijos, considere vmd. qué

sentiria. Comienzo á dar prisa al conde-estable que aprestase la artillería; no parecian las cámaras de los vesos y pasamuros; aprestóse la artillería; hizo muestra de armas; comienzan las mujeres á levantar alaridos: «¿Quién nos metió aquí, amargas de nosotras? ¿Quién nos engañó para entrar en este mar?» Los que llevaban dinero ó joyas acudian á esconderlos por las cuadernas y ligazon y escondrijos del navío. Repartímonos todos con nuestras armas en los puestos más convenientes, que no tenía jareta la nao, y las mismas prevenciones habian hecho en la almiranta, con ánimo todos de defendernos; porque los tres navíos se venian acercando á nosotros, que parece traian nuestra derrota. Uno de los cuales era bien grande, aunque á los marineros se hizo tanto mayor, que unos decian: «Éste es el galion de Florencia»; otros: «Antes parece el Bucintoro de Venecia»; otros: «No es sino la Miñona de Inglaterra»; y otros decian: «Parece el Cagafofo de Portugal.» Mas acercándose más ellos, que aunque eran tres no venian ménos temerosos, nos conocieron, y luégo nosotros conocimos las velas que eran de amigos, porque eran navíos de los de nuestra flota. El placer presente igualó al pesar pasado, sino que allí el mar nos dió á beber otro de sus tragos. Porque arribando el navío grande sobre nosotros por saludarnos de cerca, se descuidaron los que gobernaban de manera que por poco nos quitáran la salud y las vidas. Porque nos embistió con el espolon por la popa, y hizo en nuestra ciudad una batería, por la cual comenzó á meterse la muchedumbre del mar de tal manera, que si la gente no acudiera á la resistencia, fuera nuestra ciudad tomada de las aguas ántes de una hora. Mas quiso Dios que se remedió con no poca alteracion de doña Catalina, que estaba alojada en aquel cuartel. Y acabadas las alteraciones de las lenguas, aunque no las de los corazones, se lavó todo el temor con agua salada, porque no oliese mal, y nos saludamos todos con mucha alegría y contento; y los tres navíos volvieron á prometer la conserva de la capitana y almiranta. Arbolamos luégo bandera de capitana en el mastelero de la gabia mayor, y pusimos arco en la popa, y hacíamos nuestro farol de noche; llegábnos las naos á saludar por sotavento, é iba todo el negocio de ahí adelante con mucho orden. Y el estilo de saludarse á las mañanas unos navíos á otros es á voz en grito, al són del chiflo, diciendo: «Buen viaje»; á tan buen tono, que, para perder la salud, y aquel buen viaje que se dan, que oírle un día basta para hacer malo el viaje de un año.

Así navegamos con viento galerno otros cuatro días, hasta que ya el piloto y gente marina comenzó á oler y barruntar la tierra como los asnos al verde. A estos tiempos es de ver al piloto tomar la estrella, verle tomar la ballestilla, poner la sonaja y asestar al Norte, y al cabo dar 3.000 ó 4.000 leguas de él; verle despues tomar al mediodía el astrolabio en la mano, alzar los ojos al sol, procurar que éntre por las puertas de su astrolabio, y cómo no lo puede acabar con él; y verle mirar luégo su regi-

miento; y en fin, echar su bajo juicio á monton sobre la altura del sol. Y cómo á las veces le sube tanto, que se sube mil grados sobre él. Y otras veces cae tan rastrero, que no llega allá con mil años; y sobre todo me fatigaba ver aquel secreto que quieren tener con los pasajeros del grado ó punto que toman; y de las leguas que les parece que el navío ha singlado; aunque despues que entendi la causa, que es porque ven que nunca dan en el blanco ni lo entienden, tuve paciencia viendo que tienen razon de no manifestar los aviesos de su desatinada puntería; porque toman la altura á un poco más ó ménos; y espacio de una cabeza de alfiler en su instrumento os hará dar más de quinientas leguas de yerro en el juicio. Tómame este tino. ¡Oh cómo muestra Dios su omnipotencia en haber puesto esta sutil y tan importante arte del marear en juicios tan botos y manos tan groseras como las de estos pilotos! Qué es verlos preguntar unos á otros: «¿cuántos grados ha tomado vmd.?» Uno dice: «dieziseis.» Otro: «veinte escasos.» Y otro: «trece y medio.» Luégo se preguntan: «¿Cómo se halla vmd. con la tierra?» Uno dice: «Yo me hallo cuarenta leguas de tierra.» Otro: «Yo ciento cincuenta.» Otro dice: «Yo me hallé esta mañana noventa y dos leguas»; y sean tres ó sean trescientas, ninguno ha de conformar con el otro ni con la verdad.

Oyendo estos vanos y varios juicios de los pilotos y maestros y de algunos marineros que presumen de bachilleres en el arte, venimos, hasta que á los veintiseis días de nuestra navegacion fué Dios servido que vimos tierra. ¡Oh cuánto mejor parece la tierra desde el mar que el mar desde la tierra! Vimos á la Deseada, y qué deseada, á la Antigua, y desembocamos por entre las dos, dejando á la Deseada á la parte del Leste; y pasó nuestro deseo adelante, y apareciéosenos á barlovento Santa Cruz. Fuimos casi á luengo de tierra de ella; luégo alcanzamos á San Juan de Puerto-Rico, perlongamos su costa é hicimos resguardo en cabo-Bermejo, porque se suelen esconder allí ladrones. Fuimos de allí á reconocer á la Mona y los Monitos, aunque de mucho atras los traíamos reconocidos y reconocímoslos. Pasamos en demanda de la isla de Santa Catalina, y hallámosla, y descubrimos la Saona, y tierra del bendito santo que nos dió gozo tanto, tanto, tanto. Todo esto no se hizo sin muy copiosos aguaceros que nos mojaban y remojaban. Mas todo le teníamos por tortas y pan pintado, no viendo los huracanes que temíamos.

Con el gozo de verse con la tierra que demandáramos, se descuidó un poco el señor piloto teniente del viento y subdelegado, el que traía la rienda del dicho caballo de madera, y comenzó á descaer el navío del puerto, hasta que dando bordos se volvió á poner en la carrera. Lo cual fué causa que no podimos entrar aquel día por la boca del rio de Santo Domingo por ser ya noche. Y así convino entrar con la sonda en la mano á ponernos en lugar seguro; porque fuera necedad haber nadado y nadado, y ahogar á la orilla. Echáronse dos áncoras y buenas

amarras, con que el navío quedó (Dios mediante) seguro. Y quedámonos aquella noche en el agua, sin que yo consintiese saltar á nadie en tierra, porque no se supiese que yo estaba allí; que cierto fué la más larga y trabajosa noche del viaje todo. Porque el navío estuvo siempre arfando, y nuestros estómagos como el primer día que nos embarcamos. Y acerca de los trabajos y peligros del mar no tengo más que decir, sino que todo lo dicho pasa cuando se lleva viento en popa y mar bonanza; considere vmd. qué será cuando hay borrascas de mar ó cosarics, y más si vienen fortunas ó tormentas. En resolucion la tierra para los hombres, y el mar para los peces.

Otro día al amanecer viera vmd. en nuestra ciudad abrir cajas á mucha prisa, sacar camisas limpias y vestidos nuevos, ponerse toda la gente tan galana y lucida, en especial algunas de las damas de nuestro pueblo que salieron debajo de cubierta, digo debajo de cubierta de blanco soliman, y resplandor y finísimo color de cochinilla, y tan bien tocadas, rizadas, engrifadas y repulgadas, que parecian nictas de las que eran en alta mar.

Salió el maestre á tierra y un criado mio con quien envié un recaudo al señor Presidente. Y luégo comenzaron á acudir barcos á nuestro navío, y porque no había tiempo para entrar la nao sino atoando, yo y mi familia nos metimos en un barco que nos trajeron aderezado. Y salimos á la deseada tierra y ciudad de Santo Domingo, donde fuimos bien recibidos, y habiendo descansado dos ó tres días, se me dió la posesion de mi silla, donde quedo sentado para hasta que Dios quiera, y sin deseo de surcar más el mar, y con deseo de saber que vmd. está en el puesto que merece. Doña Catalina y sus hijos besan á vmd. las manos, y nuestro Señor, etc.

## IV.

Carta escrita al muy ilustre señor don Juan Hurtado de Mendoza (1), señor de la villa de Fresno de Torote, en que se trata de los Catariberas.

Por una suya me envia vmd. á mandar le escriba el estado de mis negocios, y muy por extenso en qué entiendo y cómo me va en esta córte; y porque (como vmd. sabe) soy siempre obediente á sus mandatos, haré en ésta lo que me manda, y aún más de lo que me envia á mandar. Porque no solamente daré cuenta de mi vida, empero tambien de la de mis amigos, que acá son muchos; porque en los lugares de los trabajos y infortunios se suelen de ordinario ligar amistades entre aquellos que los padecen.

Yo salí de mi casa cinco meses há para venir á esta córte, que acorta á los largos de moneda, y aún

(1) Fué natural de esta córte y muy amigo del autor. Escribió: *Buen placer trobado en trece discantes de quarta rima castellana*, Alcalá, por Joan de Brocar, 1550, 8.º; y otro libro de poesia, intitulado *El Tragitriunpho*, que tambien se imprimió en Alcalá. Pero es preciso no confundirle, como hizo el señor Gallardo, con otro don Juan Hurtado de Mendoza, granadino, que veinte y siete años despues dió á luz *El cavallero cristiano, en metro*; Antequera, por Andres Lobato, 1577, 8.º

alarga mal de su grado á los cortos de ánimo para gastarla; y llegué á ella con tanto deseo de ser proveído, cuanto arrepentimiento tengo ahora de haber venido por provision. Pues (aunque tarde) ya conozco y veo que vine por lana y volveré tresquilado, pues son tantos los que pretenden ser proveídos, que si Dios no hiciese en los oficios un milagro semejante al de los cinco panes y dos peces, sería imposible caber bocado á la centésima parte de las bocas que acá están abiertas. Mas, pues yo me vine á meter de mi voluntad debajo de esta bandera, no me quejaré de algunos amigos que allá me representaron los trabajos y miserias que en su seguimiento se me aparejaban, que son tantas, que en tanto mal y tristeza no puede haber otro gozo sino que es de muchos.

Y para que vmd. bien entienda esta nuestra triste, costosa y larga navegacion por esta carta de marear, ha de presuponer que en esta galera de pretension de oficios temporales (digo de corregimientos) bogamos tres géneros de gentes: letrados que en esto no lo somos; soldados que, como quien por huir de los trabajos y desasosiego del mundo se casa, huyendo de la menor guerra, que es la de las armas, se vienen á meter en ésta, que es muy más incomportable. Y otros caballeros de espada y capa que con gana de comer y ambicion de mandar, vienen á buscar oficios que les den mando sobre una ciudad y su tierra, porque sus patrimonios y rentas no bastan para se le dar sobre un lacayo y un paje. Todos estos tres géneros de gentes se comprenden debajo de este famoso nombre *Cata-ribera*, porque si el letrado cata la ribera, el soldado la corre, y el caballero la vuela. Y lo que todos padecemos, el nombre de *Cata-ribera* lo dice, consideradas las partes de que se compone, que son: cata, rija, vera, que quiere decir: «busca riña verdadera.» Y aunque estos tres géneros de gentes somos diversos en profesion, como somos unos en pretension, parecemos amigos. Bien es verdad que á tiempos cuando encuban á algun delincuente, podrian meter en la cuba tres ó cuatro de nosotros por animales contrarios. Porque lo que lleva el perro, piensa el jimio que á él se le quita; y lo que ase el gallo, parece á la culebra que ella lo pierde. Y así, si la discrecion no tuviese enfrenadas las lenguas y cubiertos los corazones, de fuerza nos habriamos de morder con los dientes y aun despedazar con las uñas.

El tiempo solamente acá le expendemos en madrugár á llevar á nuestro presidente al Consejo, y volverle á su posada, y tener cuidado si quiere salir á alguna parte para aguardarle. Porque si alguna vez saliese sin que alguno de nosotros le aguardase, por el mismo caso terná por cierto que ha perdido el corregimiento que espera. Holgaria vmd. de ver á las mañanas el escuadron tan lucido que hacemos: tanta camisa sucia, tanta ropa raída, tanto sayo grañiento, tanta gorra coronada, tanta almilla de grana, tanto pantufo viejo, tanto guante añejo; ojos que no los limpiáran todos los tafetanes que se tejen en Toledo y Granada; cabellos con más pe-

lusa que se hace en los telares de lienzo de Portugal; barbas que no las deshetráran todos los peines de los cardadores de Segovia y los Cameros. De esta manera vamos tan metidos en ordenanza, que no tenemos necesidad de sargentos que nos ordenen; mas habriamos menester oficios que nos sustenten. Entrado el Presidente en Consejo, nos derramamos como lavazas ó agua de fregar por aquel patio, y hacemos corrillos como la gente del vulgo en día de eclipsi, á tratar de las provisiones, cuántos corregimientos hay que proveer, cuándo saldrán, qué hay de nuevo acerca de esto. Uno dice: «Ayer me afirmaron en casa del Presidente que tiene en su cámara veinte provisiones de oficios para henchar.» Otro dice: «Pues yo tengo un amigo en casa del secretario Eraso, que me mostró la minuta de las provisiones de oficios que están mandadas hacer, y no son sino siete, y ésas muy ruines, porque entran en ellas los corregimientos (ó por mejor decir, los corrimientos) de Madrigal, Ciudad Real y Tordesillas.» Otro dice: «Pues pocas ó muchas, no pueden dejar de salir presto, que yo sé de buena parte que el Presidente consultó ayer con su majestad las provisiones de corregimientos.» Otro dice: «No se trató ayer de eso en la consulta, sino de otras cosas que importan más al Rey y al reino.» Y otro dice: «Ayer me dijeron que dijo un letrado que le habia dicho un caballero que oyó decir al prior de San Juan que le dijo por cosa cierta uno del Consejo que el Presidente ha dicho que en toda la semana que entra se descargará de las provisiones de corregimientos.» Mire vmd. qué juez pesquisidor, ni de residencia, podria examinar todos los eslabones de esta cadena de testigos para venir á apurar si el Presidente dijo tal. Y despues de averiguado que él lo dijo, si no lo cumpliere,

¿Quién será aquél caballero  
En armas tan esforzado,  
Que demande la palabra  
A varon tan señalado?

Hay gente entre nosotros tan curiosa, que pronosticando como los médicos, en las enfermedades agudas, del cuarto para el seteno, del oneno para el catorceno, y del diez y siete para el veinte y uno; de un viérnes de consulta para el domingo, y del domingo para otra consulta, y de una salida del Rey para la vuelta, lo que será de las provisiones, cuándo se consultarán, y cuándo saldrán, pasan la vida colgados de esta esperanza peor que los que cuelgan de la horca. Y si no fueran más ciertas las profecias de los profetas, trabajo tuviera el mundo. Hacémonos astrólogos de astrosos, y echamos juicios á monton, fundados en fundamentos que Tolomeo ni Aliabenregel (1), con toda su judiciaria, no darán en un blanco de éstos en que nosotros cada día damos.

En esto pasamos hasta que quiere llegar el término de salir nuestro presidente de consejo, que me-

(1) Célebre astrónomo árabe, natural de Córdoba, llamado Ali Ebn Ragel, de quien se conserva un poema sobre la astrología judiciaria en la biblioteca del Escorial.

día hora ántes, porque no se nos vaya, nos salimos á la plaza que está delante del palacio donde se hace el Consejo. Y unos se ponen en ruines caballos, otros en viejos cuartagos, y otros en mulas mohinas, algunas de color, y las más de hambre. Si es invierno, allí nos azota el cierzo, como si fuésemos robles de la montaña. Si es estío, allí nos derrite el sol como á cuartos de ajusticiados; y para sufrir esto, cualquiera se precia de armarse de la paciencia de un Jó (1). Juntámonos en aquella plaza, aquí tres, acullá seis, acá cuatro, allí diez, como moruecos en siesta aguardando que nos salga el sol; cada uno los ojos fijos en la puerta, como los tiene el podenco en la boca de la madriguera donde se encerró el conejo. Y en asomando el Presidente, partimos de nuestros puestos como cuadrillas mal concertadas de juegos de cañas, y llegando cerca arrojamos nuestros cañazos, dándole fierisimas bonetadas, y luégo volvemos las riendas unos á zurdas, y otros no á derechas, y llevámosle á su posada.

Esto es mucho de ver, que como nos hemos de apear para subirle á su aposento, cien pasos, poco más ó menos, ántes de llegar á la posada, nos vamos aperciendo, echando la mano zurda al arzon, arremangando la ropa con la derecha, sacando el pié del estribo, y comenzando á echar la pierna sobre el anca de la mula, y al arrancar de la silla uno, descubre la martingala, y otro la bragueta caída; cuál las bragas rotas, cuál el pañal colgando, y áun tal hay entre nosotros, que muestra la lana sucia de los cojines.

Juntámonos allí tantos, y remanece cada día tanta gente nueva, así de espada y capa como de pantufo y saboyana, que parece nos criamos de las inmundicias y bascosidades de la casa del Presidente, como chinches, cucarachas, ratones y otras sabandijas semejantes. Al tiempo que entramos en la sala, desde la puerta de ella hasta la de la antecámara nos hacemos dos órdenes, pegados de lado unos con otros, que parecemos estacadas de presa de molino, para que pase el Presidente y nos vea. Y cuando somos muchos, es cosa de ver cómo nos encajamos y apretamos, y la pesadumbre que da un codo del vecino que salga delante del cuerpo del otro, pareciendo que aquél ha de ser nube para que los ojos del Presidente no le vean á él.

Entrado el Presidente, arrimámonos por aquellas paredes hasta que todos los relojes del pueblo nos echan de allí con las más voces que pueden dar. Lo que en estos acompañamientos se pretende, es servir á su señoría las provisiones y mercedes que nos ha de hacer (si se sufre proveer á tanto necio), y que sus ojos de piedad nos vean, y vistos nos encomienden á su memoria para acordarse de nos poner en lo más profundo de su olvido. Y este ser visto del Presidente deseámoslo tanto, que algunos (si nos fuese lícito) iriamos á le acompañar con corozas en las cabezas, porque pusiese en nos sus ojos como en personas más señaladas.

(1) Entiéndase Job.

Hay pretendientes entre nosotros que desde la puerta del Consejo hasta la cámara del Presidente tenemos ojeados y considerados los puestos y lugares donde por fuerza han de topar sus ojos, para coger cada día un puesto de aquéllos, donde podamos ser vistos, como los buenos capitanes, que reconocen y eligen los puestos y sitios convenientes para alojar sus campos y hacer los efectos que para la victoria convengan. Unos se quedan en la calle á la puerta de la casa, porque el Presidente les acuda con el primer favor y bendicion de sus ojos. Y éstos no se apean, sino estánse en sus caballos y mulas, como muchachos en talanqueras para ver encerrar el toro, porque su señoría vea que están ya aprestados y á caballo para ir á los oficios donde los quisiere enviar. Otros le reciben al pié de la escalera para le dar á entender cuán cerca están ya de ser ahorcados; y áun alguno hay en este lugar que finge que estropeiza en un escalon, y que va á dar de ojos, porque el Presidente le eche mejor de ver. Otros paran en la mesa de la escalera para le significar que no se pone mesa en sus casas. Otros le aguardan en los corredores para demostracion de su corrimiento y desventura, y otros se ponen á la entrada de la sala, considerando que allí, como el Presidente llega al estrecho, no puede dejar de mirar á una parte y á otra para ver si son servidores ó enemigos. Y nunca falta un par de ellos que se fingen como bestiones, cada uno á una parte de la puerta de la antecámara, para que al entrar los ojos del Presidente los topen. Veria vmd. cuando alguno de los que están en las estacadas que he dicho, teme que el Presidente ha de pasar sin verle, que (como el que en la esgrima mete el pié derecho y alarga el brazo de la espada, y abalanza el cuerpo para alcanzar un toque franco al contrario), así hurta una pierna y un brazo y medio cuerpo con toda la cabeza, y pásalo del limite de la estacada cuando el Presidente llega, y mételo en la calle por donde él viene, y hácele una muy notable y humildísima reverencia, y dale una vistosa y reverendísima bonetada porque le vea. Y áun alguno hay tan cuidadoso y considerado en esto, que el día que ve mucho acompañamiento, y le parece que no ha de poder coger alguno de los puestos dichos, se queda un poco atras del Presidente, y ya que él y toda la gente van delante, aprieta la mula perneando como pulpo, y alcánzale, y pasa por junto á su lado, la gorra en la mano, y los ojos enclavados en la ilustrísima persona, que parece torcecuello ó que lleva alguna landre en el pescuezo, que no le deja volver la cabeza para mirar adelante, hasta ver que el Presidente le ha mirado; que luégo se le desenvara el cuello y se le destuerce, y va consolado su corazon. Alguno, muy contento de que el Presidente le haya visto, no lo pudiendo disimular, vuelve al compañero y dicele: «¿No vió vmd. cómo me miró el Presidente? en verdad que volvió á mí la cabeza dos veces, que me pareció que me quiso hablar.» Y veria vmd. al que piensa que el Presidente no le ha visto, tan triste, tan desconsolado aquel día, que ni toma gusto

en lo que come, ni le sabe bien lo que bebe; porque tiene por cierto que las provisiones se han de henchir aquella noche, y que como el Presidente no le vió aquel día, no se ha de acordar de él.

A las tardes vamos á la casa del Presidente, contemplamos la puerta de la calle, miramos al zaguan, vemos el patio, subimos por la escalera, pasamos por los corredores, entramos en la sala, preguntamos qué hace el señor Presidente; porque todo esto nos alivia la pena de este purgatorio, como la aliviara en el infierno al rico avariento el meñique mojado de Lázaro. Andamos por allí un poco, llegamos á la puerta de la cámara del secretario al olor de las provisiones sin hablar palabra, y volvemos á salir como cuando el perro hambriento entra en el aposento donde hay carne metida en alguna arca, que heridas sus narices del olor de ella, huele las sillas, los bancos y los cofres que hay en el aposento, con deseo de topar con la carne, y al cabo, como no la descubre, se sale fuera.

Los que son más continentales entran de mes á mes á suplicar al Presidente se acuerde de ellos, y á ver si descubren alguna tierra sobre sus pretensiones y esperanzas, como los que entran á consultar el oráculo para saber sus futuros sucesos. Otros que tienen la sangre más encendida y la moneda más atenuada, entran de quince en quince días y de veinte en veinte; y algunos hay tan rendidos á su pasión y tan apretados de su necesidad (digo de su necesidad), que si el portero les permite entrar tres veces en la semana, no entran dos solas á representar á su señoría sus duelos y letras, y darle con sus buenas razones á entender la poca culpa que tiene en no proveerlos.

Veo á los recién venidos de oficios que se señalan y conocen entre los que há días que bogamos en esta galera, como cotrales de Guadiana entre las vaquillas de Astúrias; ellos tan gordos y panzudos, que parecen cebones de presente; y dentro de pocos días que vuelven á moler en esta tahona, las carnes se les disminuyen, las quijadas se les señalan, y el color se les muere tanto, que en poco tiempo no se distinguen ni echan de ver entre los que acá estábamos, porque todos andamos más amarillos que cajones.

Acaece muchas veces que despues de haber un letrado residido cinco ó seis meses en la córte con grandes esperanzas, gastada la bolsa, rematadas las prendas, y comidos los cuatro cuartos de la mula, que no le quedaba de ella sino la cabeza y el rabo para comer un sábado, al tiempo que tenía por cierto salir proveido en un buen corregimiento, con que se pudiesen enmendar todos sus aviesos, le sale, como catarata en el ojo, un salud-é-gracia de una comisión de cuarenta días allá para la isla de los Lagartos ó para algun lugar de los que están debajo de la tórida zona; y acierta á salir de manera que si es invierno os le encaminan al abrigo y templanza de Astúrias, y si estío, le encomiendan á la frescura y sombras de Extremadura; y sale el negocio y el necio á tiempo que aunque se hallase la bolsa de

Juan de Vota Dios (1), no le podria dar dinero para henchir los oyes que en córte tiene hechos. Y no hay otro remedio sino demandar misericordiosa la espera á los acreedores hasta la vuelta, que vendrá rico y cargado de oro en polvo de la India de Chile. Alguno de éstos dice: «El Presidente me quiere sustentar como á los pollos de Marta» (2). Otro dice: «Su señoría me ha querido ocupar en esta comisión, porque no vea hacer en otros las buenas provisiones, como suelen engañar al niño con algun juguete porque no eche de ver que sale fuera de casa el ama que le cria. Pues repudiar este legado no conviene, porque no nos digan que si menospreciamos lo ménos, nos menospreciará lo más.» Y así el pobre letrado arroja el pecho al agua, y parte á su comisión cargado de duelos y rodeado de alforjas.

Otro gusto, otro alivio y otro consuelo para el triste cata-ribera, despues que las provisiones han estado represadas seis ó siete meses en la cámara del Presidente, ver salir una sola, y de ahí á otro mes otra sola, como dolores de parto espaciado, ó traque del que está con pasión de cólica. Y cuando ya las tinieblas de la consulta se aclaran, y la presa de las provisiones se suelta, y se mandan publicar, aquí es el clamor y el sonido de los dientes de los que salen condenados. Uno que quiere ser corregidor sin tener juicio ni mano para corregir una plana de un niño que comienza á escribir, dice que va todo por favor, y que sin éste no aprovechan letras ni partes. Otro que por aventura lo mereceria bien, echa la culpa á su desgracia y contraria fortuna. Otro loa á Dios por ello, y otro lo da á todos los diablos. Y al fin algunos con paciencia, y los más sin ella, desamparan el campo y el estandarte de la presidencia, y toman el camino para donde Dios los ayuda, y algunos (según ellos dicen) para donde el diablo los lleva, diciendo: «Ya que escapamos de esta miserable guerra como soldados de campo vencido, sin blanca, sin armas, sin vestidos y sin consuelo alguno, no nos diera el Presidente siquiera sendas varillas que lleváramos en las manos para pedir limosna por donde pasáramos. De esta manera lo pasamos en esta córte. Y, en fin, hablando generalmente de los miserables cata-riberas, digo que miseros somos, miserias pedimos, miserias nos dan, y miserablemente vivimos.

Ya que he dado cuenta en general de nuestro modo de vivir en la córte, quiero descender á algunos casos de mi particular y de otros que han pasado y he visto despues que vine entre los de mi pretensión.

Yo vine á esta córte, y por no perder tiempo, en acomodándome de aposento, ordené un memorial para el Presidente, y le fuí á hablar; y quiso mi fortuna que entrando á hora que negociaba, entraron delante de mí uno tras otro dos letrados recién llegados, que iban, como yo, con sus memoriales en las manos. Parecíamos todos tres cofrades de la Merced

(1) Así en el código, pero habrá de entenderse: «Voto á Dios.»

(2) Alude al conocido refrán: *Allá se lo haya Marta con sus pollos; ó bien á este otro: Los pollos de Marta danles pan y piden agua.*

que íbamos en procesion con nuestros cirios encendidos. Llegó el primero y comenzó á hablar, y llevaba las manos tan embarazadas con su memorial, que no pudo ó no se le acordó quitarse la gorra, y como no tenía hecha la lengua á revolver señorías, con una señoría se le fueron dos mercedes como mansos con el toro; y un paje, viéndole hablar tan cabiz-cubierto, llegóse á él y quitóle por detras la gorra de la cabeza, y él volvió, y advirtiéndose de su descuido, se turbó tanto, que no pudo hablar más palabra; ántes se quedó allí como si de carne y hueso se hubiera convertido en piedra. El Presidente, viendo que no hablaba ni se iba, le dijo: «Dad acá el memorial, que por él veré lo que queréis.» Él soltó el memorial, y volvió las espaldas tan de presto, que temí se volvía como mula maliciosa á arrojar un par de coces al Presidente; empero quiso Dios que no lo hizo, sino salióse sin hacer reverencia ni acatamiento, parece que entendiendo que no le habia de aprovechar aunque le hiciera, salvo si no lo dejó de hacer por tener tan descuidado el pié como la mano.

Llegó luégo el otro letrado (que era más desenvuelto y bien criado), quitada su gorra, hizo una reverencia tan baja, que creo se holgára de hallar un agujero por do meter la rodilla por bajar del suelo de la cámara, y dijo: «Yo me llamo el bachiller Pascual Redondo, soy vecino del lugar de Bociguillas, donde he servido toda mi vida á su majestad, á tiempos abogando, y á tiempos barbechando mis tierras, y haciendo mis agostos y vendimias para encerrar pan y vino y paja para el basteamiento de esta córte. Y áun estuve una vez aceptado por teniente de corregidor de Becerril de los Campos, sino que me revolvieron con el corregidor, y no me quiso llevar consigo. Suplico á vuestra señoría me haga tanto placer que me emplee en alguna cosa buena, que yo serviré á vuestra señoría como verá.» El Presidente riéndose dijo: «Por cierto que es muy justo que quien tan bien ha servido á su majestad sea remunerado conforme á sus servicios. Idos á vuestra casa, que ofreciéndose en qué, se terná memoria de vuestra persona.» Él entónces quiso dar el memorial, y el Presidente dijo que se le llevase, que para acordarse de él no habia menester memorial.— Ni áun memoria (dije yo entre mí), y así él hizo otra reverencia muy baja, y se salió contentísimo. Yo llegué luégo y dije al Presidente mi razon. Oyóme y dióme la respuesta ordinaria que haria por mí lo que pudiese; y yo me contentaria con ménos. Tomó mi memorial, y salíme, y alcancé al bachiller Redondo, el cual muy contento se volvió á mí y me dijo: «Qué le parece cómo no me turbé yo como el otro? Todo es burla sino hablar sin empacho. Mire cómo se holgó el Presidente de oirme. Tenga por cierto que me ha de dar el primer corregimiento bueno que provea; porque así se lo pedí yo que me diese cosa buena; que si estos licenciadillos que andan por aquí perdidos mil años supiesen hablar y decir bien las cosas en que han servido, yo fio no tardase tanto el Presidente en proveerlos. Mas si

cuando se ven delante de él no saben decir oxite ni moxte, ¿qué les ha de dar?» Yo le dije: «Por cierto, señor licenciado, vmd. tiene mucha razon, y sale respondido como hombre regalado y muy de la asa; pues le mandan ir á su casa á esperar la provision para que no gaste su hacienda en esta córte.— ¡Ah! par Dios, señor (dijo el bachiller), cuánto mejor será que me lo envíen á mi casa que no aguardarlo aquí; aunque creo que no tardará mucho en salir. Pues no piense que yo era del asa, que yo le prometo que es hoy el primer día que hablo al Presidente; y pésame de no haber venido ántes, que ya estuviera muy honradamente proveido; sino que cuando los hombres nos hacemos al pan casero y al torrezno de las mañanas, no nos sacarán de casa aunque nos prometan cien obradas de barbechos y mil reses vacunas.»

Con todo este consuelo se fué el bachiller Pascual Redondo á su casa á esperar su provision, que llegará cuando el cuervo de Noé venga á se la llevar en el pico. Y con todo eso, fué mejor despachado que yo, que me quedé en esta córte á esperar la mía, que creo no llegará más temprano.

De esta manera anduve un mes aprendiendo el estilo de los señores cata-riberas en los acompañamientos, en las representaciones, en los corrillos y en las otras cosas necesarias para el entendimiento del arte peor que mecánica de los susodichos; que no fué poco en un mes tomar el pulso y conocer la complision á cuerpo de negociacion tan vária.

Y al cabo de este mes, pidiéndome el mozo dineros para la despensa, metí la mano en el talego, y hallé dentro tanta nonada, que pensando que aquella mano se me habia pasmado, y perdido el tacto de ella, metí la otra, y como hallé tan poco que palpar, me vi en términos de perder el sentido por lo que no sentia. Y así viendo que la moneda se habia ido, y mi provision no parecia, puse los ojos en el bolsón, y vile y sentile tan sin virtud, tan frio y boqueando como enfermo que se va de cámaras, y por no acabar de quedarme en seco, como el pez cuando cesa la corriente que le sacó de la madre del rio, despaché una provision á mi casa, firmada con mi firma y sellada con mi sello, imponiendo cierto tributo sobre las raciones y alimentos de todas las cabezas de ella, sin exceptuar mamante ni piante que no contribuyese para el socorro de la prosecucion desta guerra. Y mi provision fué obedecida y cumplida; y así me entretuve otro mes con este socorro y mi esperanza; en el cual salió proveido el corregimiento de Medina del Campo en un letrado. Y salió este oficio solo, como preso que ha estado mucho tiempo en la cárcel, y la quebranta y se suelta por redimir la vejacion de la larga prision.

Y acaecié sobre esta provision un buen cuento entre dos cata-riberas, un soldado y un letrado; y es, que al soldado, que por aventura tenia puesta su esperanza y corazon en las décimas de Medina, y en las comodidades que le habian de hacer los mercaderes que allí tratan en los precios de lo que comprase, pesóle mucho de ver proveido el oficio en

otro; y estando tratando de la provision en la sala en corro de pretendientes, él dijo con mucha cólera: «Ahora cosa inoportable es que letradillos lleven á los caballeros tan buenos oficios como el de Medina.» Un bachiller que estaba en el corro, volviendo por el honor de la profesion, dijo al soldado: «¿Por qué halla vmd. eso más inoportable que ninguno de estos caballeros que están aquí que no son letrados?—Siéntolo más (dijo él muy demudado), porque á un caballero como yo, que he servido á su majestad derramando mi sangre, no se habian de anteponer bachillerejos.—Pues no me parece á mí (dijo el bachiller con mucha flema) que vmd. ha servido mucho á su majestad en derramar su sangre; más le sirviera en derramar la de los enemigos; que quien va á la guerra no á herir, sino á ser herido (digo no á ser huido, sino á huir), no obliga á su majestad para que le haga mercedes, ni á su presidente para que le de corregimiento.»

El soldado, con mucho enojo de las palabras del bachiller, dijo: «Quien dice que yo he huido, miente; que yo he derramado mi sangre peleando como muy buen soldado.—Creo yo (dijo el bachiller) que esa pelea y derramamiento le habrá vmd. hecho con el dado, porque si fuera como vmd. más miente, no tuviera necesidad de venir acá por armas para sacar y chupar á los cristianos la sangre que dice haberle derramado los moros; que allá le hubiera premiado su majestad ó sus generales.»

El soldado, que demostró ser tan corto de razones como de razon, quiso cerrar con el bachiller para suplir con las manos la falta de la lengua; mas metimonos en medio los que allí estábamos, de manera que no dimos lugar á más rompimiento.

En este tiempo hice otra vez reseña de la gente de mi bolsa, y salieron al alarde tan pocos soldados, que entendiendo que entre mis súbditos no habia medio para más socorro, me procuré valer de mis amigos y deudos, á los cuales despaché mis cartas de creencia, y de ellos me llegó otro socorro, que me resucitó de muerte á vida.

De estotros caballeros de espada y capa que no han servido á la milicia en particular, casi no tengo que decir, porque los veo en córte tan humildes y bien comedidos, tan justificados en sus palabras, tan despreciadores de cohechos, y tan amigos de oficiales fieles, que son aquí los mejores corregidores del mundo, y si «en el aldegüela no hay más mal que suena», merecen su majestad les haga mucha merced. Empero porque en el muy buen paño suele haber la raza, y en la más fina grana cae la polilla, y no todos los llamados han de ser escogidos, ni hay cuerpo sin ijada, diré lo que he visto en ciertos miembros de este cuerpo de caballería.

Y es que un mes despues de la provision de Medina, que he dicho, salieron proveidos dos de estos caballeros en dos corregimientos; los cuales no hubieron sacado los recudimientos de sus rentas, cuando pusieron en almoneda y pregon algunos miembros de ellas para los arrendar de por menor, empero por la mayor cantidad que pudiesen. No

faltaron personas que hicieron posturas; rematáronse las tenencias, los alguacilazgos, las alcaldías de cárcel, y algunas de estas rentas tan bien subidas, que van bien seguros los arrendadores de la puja del cuarto. Yo, entendiendo el negocio, dije á uno de estos corregidores que se me daba por amigo: «Señor, mirad lo que haceis, que no es permitido vender los oficios; que, como sabeis, se han de dar libres para que vuestros oficiales los hagan bien y libremente.» El corregidor me dijo: «¿Qué quereis que haga, que há un año que estoy en esta córte esperando este corregimiento? ¿No os parecerá bien que, pues ya me vino á las uñas, me pague las expensas del detenimiento? Que juro á Dios que no hay real en galera para ir á él ni aun para salir de esta córte, si estos ministros no me ministran. Y aun allá yo os prometo que no tengo de tener las manos cerradas á los que de buena voluntad me lo ofrecieren.—No hagais tal, señor (dije yo), que el principal bien de los jueces es tener las manos limpias.—Limpias y relimpias las traeré yo (dijo él), porque me las lavaré cada día tres veces, cuando me levantara de la cama, y sobre comida y despues de cena. Y el oro no ensucia las manos.—No, oro no, guardaos del diablo (le volví á decir); aun ya, cuando visiteis la tierra de vuestra jurisdiccion, recibir un cabrito, un par de perdices ó de conejos por moderado precio, aun no es tanto mal; aunque tambien por esto no faltará quien diga que os corrompen para que dejeis de hacer justicia.—Muy delgado hilais (dijo el corregidor); de eso de comer y de beber, cuanto viniere de limosna recibiré yo muy de buena gana; porque *quod intrat per os, non coinquinat hominem* (lo que entra por la boca no corrompe al hombre).

»Y sabeis que los corregidores podemos muy bien recibir todo lo que consiste en peso, número y medida; porque lo que se pesa recibimoslo sin pesar; en lo que se cuenta no hay cuenta; y para lo que se mide nos parece que nos da el Rey la vara.

—Guardaos de una residencia, señor (le respondí): mirá no os den vómitos en ella, con que alcanceis el humor malo y bueno, quiero decir lo bien y lo mal ganado.—Andad (dijo él), que ya tengo experiencia de eso; que mil ducados de cohecho nunca costaron quinientos de pena; que si una vasija está llena de miel, aunque la trastornen y vacien, siempre se queda algo pegado en ella; y así á los corregidores, aunque más nos sigan y persigan y condenen, con un buen cohecho que hayamos recibido pagamos todas las nonadillas que en residencia nos cargan, y aun nos queda pan para nuestro año.»

El otro corregidor no sé qué intencion llevaba, aunque, pues el principio fué semejante al de este mi amigo, piadosamente se puede presumir no serán diferentes los medios de la administracion. Ambos se fueron, y yo quedé tan quédo, que aun hasta ahora no me he mudado de este lugar, aunque han corrido otros dos meses. Al principio tenia alguna esperanza de salud, y ya la voy perdiendo del todo,

como enfermo que va de mal á peor; porque en parto tan largo no creo que dejará de nacer hija al cabo.

Dias há que viendo que no nos puede venir socorro de parte alguna, vamos acortando las razones: la mula rebuzna, el mozo gruñe y yo bocezo; mas ¿qué hemos de hacer? que nos vemos como los que están sitiados por todas partes, y no les puede entrar socorro ni bastimento, sino comer por onzas para podernos entretener algun dia más. Hecha tengo la cuenta; y si el sustento me llega á otros meses, será todo lo del mundo. Determinado estoy que si en todo este mes, con que se cumplirán seis de mi residencia en córte, no me saliere alguna suerte, volverme á mi casa, porque para tan corta vida como los hombres ya vivimos, basta ser medio año necio. Y sin duda no me deterné más, porque si no fuere proveido, seré pobre ido. Y nuestro Señor, etc., de Toledo y de Abril 15 de 1560.

## V.

Carta al licenciado Agustín Guejeja, entonces relator del Consejo y de la Cámara de su majestad, y ahora su fiscal en la real audiencia de Galicia; en que se describe la villa de Tormaleo, que es en el concejo de Ibias de las cuatro sacadas de Asturias; y se trata algo de la gente de ella.

(Escribióla el autor estando en una comision en aquel pueblo.)

De cerro en cerro, de puerto en puerto y de peña en peña vine á estas cumbrosas Asturias, donde algunas veces me hallo tan vecino de las nubes, que me regalo con ellas, y pongo mi cabeza en sus regazos. Despues que he visto esta tierra, no me maravillo de haber oido decir que los asturianos tiraban lanzas al cielo; porque le tienen tan cerca de sus casas cuanto léjos de sus corazones.

Yo estoy en la insigne ciudad de Tormaleo, que quiere decir tormento malo, donde al presente residio; cuyo sitio y disposicion y moradores querria describir, si acertase mi desatino á desatinar como conviene para significar tan desatinada ciudad y gente. Es la populosa ciudad de hasta diez casas todas redondas; está ceñida de bravas peñas, adornada de viejos castaños; riéganla claras y frescas fuentes y arroyos. Está asentada en un repecho contra el Septentrion, y mirada desde cualquiera de los cerros que la rodean, parece colmenar de pocas y mal reparadas colmenas; pero la miel de ellas no la labran abejas, sino ovejas y cabras, y puercos y vacas viejas.

Las casas, como he dicho, son redondas, porque para que quepa la ruindad de los moradores, la figura redonda es la más capaz. Dos puertas tiene cada casa, una al Oriente y otra al Occidente; y ni por la una se ve el sol, ni por la otra se descubre el cielo. Vese á ratos por entrambas la nieve de vara en alto, y un fidalgo de solar conocido con una espada al lado y un broquel al rabo, un puñal pendiente, lanza y azcona al hombro, y una ballesta en la mano con cinco ó seis saetas espetadas entre el collar del sayo y gorjal de la camisa; y con este ro-

sario de cuentas va á rezar á la Iglesia, donde á la puerta deja arrimada la azcona y lanza; y si el clérigo le va á echar agua bendita, se empuña en la espada, pensando que le va á dar con el hisopo; si oye mentar un santo, ase del puñal, diciendo que aquella es gente que él no conoce. Y cuando el presbítero se vuelve al pueblo á decir: *Dominus vobiscum*, sospechando que vuelve á mirarle la mujer, pone una saeta en la boca y echa la gafa á la ballesta, y saliendo de allí, si ve una bola enconada, le rinde las armas y cruza las manos.

En las dichas casas no hay sala ni cuadra ni retrete; toda la casa es un solo aposento redondo como ojo de compromiso; y en él están los hombres, los puercos y los bueyes todos *pro indiviso*, así porque todos son herederos de la tierra, como porque ni aun en las costumbres se diferencian. A un mismo tiempo habla el hombre y gruñe el puerco y brama el buey; y tengo los oidos tan confusos con la diversidad de zumbidos, que al hombre tengo muchas veces por la bestia, y al animal por el hombre; y cuando en esto estoy más engañado, creo me engaño ménos. El hogar está en medio de esta apacible morada, porque de allí salga luz y calor para todo el circular aposento igualmente, aunque á veces comprende más un traque de la huésped que cuanto calor sale del copioso hogar. Las dichas casas circulares son cubiertas de unos cimborios de fina paja, y éstos rodeados desde el extremo hasta el coronamiento de unos rollos de bimbres, hechos por tal orden y manera, que cuando los vi, pensé que eran los verdugados que salieron desterrados de Castilla; y por otra parte, bien considerados, parecen á los pabellones que suelen tener por defensivos las ollas del mal cocinado de esta córte. Y, en fin, las casas con ellos son como bellotas con capirotes; porque la gente regalada de estas partes es tan amiga de la bellota (que ellos llaman llande), que no se satisfacen con metella en sus buches, sino que ella los tenga metidos en sus entrañas. Todas las casas son insulanas, ninguna se pega con la otra; así son las voluntades de los vecinos.

Estas casas tienen llenas de tantas baratijas, armadijos, trastos, petrechos, bastimentos, instrumentos y municiones, que no tenia tantas la madre Celestina para fabricar hechizos y reformar virgos. Las castañas tienen en alto sobre unas bimbres tejidas pendientes de unas sogas, en las cuales miran y contemplan como los moros en el zancarron de Mahoma; porque no hay sustento que les dé más gusto ni que ellos tanto amen, excepto el vino, al cual tienen tanto amor, que siempre lo traen metido en lo íntimo de sus entrañas.

Habitan esta lustrosa ciudad ilustres hidalgos de lanza mohosa, cuchillo cachi-cuerno, abarca peluda, pierna desnuda, capotin de dos faldas, caperuceta antigua sobre largas coletas. Es gente de tanta punta, que comen y beben en platos y escudillas de palo por no comer ni beber en platos de Talavera ni vidrio de Venecia, que dicen que es sucio y que se hace de barro. Pan de trigo no lo pueden ver,